

ISLAS FIYI

Buenas tardes desde la sala de ordenadores de la Universidad del Pacífico Sur, en Suva, capital de Fiji. Escribo desde una isla en el Pacífico Sur, a tres horas de vuelo al norte de Nueva Zelanda, más de 25,000 km de España y 12 horas de diferencia horaria.

Desde la última que escribí una crónica, en Nueva Zelanda, he estado disfrutando de una mini-aventura en las Islas Fiyi, en Melanesia. He vivido una experiencia inolvidable de casi tres semanas en Fulaga (pronunciado Vulanga), siendo el primer hombre blanco que en siete años pisa una paradisíaca y pequeña isla de 8 km y 319 habitantes, a tres días de navegación al Sureste de Viti Levu, la isla más importante del archipiélago Fiyi.

En Viti Levu se aglomera en busca de mejores condiciones el 75% de la población fiyiana. Este archipiélago-nación está salpicado por 300 islas, aunque sólo 100 están habitadas. La población del país es de sólo 772,000 almas, 50% nativa fiyiana y 45% fiyiana de origen indio. El inglés es el idioma oficial utilizado en los colegios y universidades de Viti Levu y Vanua Levu, pero en la calle escuchas a los nativos que hablan fijiano entre sí y a los indios que se comunican en hindú. La "lengua de Viti" o autóctona de Fiji está muy mezclada con los dialectos de las vecinas islas Tonga, pero difiere esencialmente de los dialectos melanesios: en ella se encuentra el uso frecuente de la "m" y la "n" en el principio de la dicción.

La mayoría de los fiyianos son hoy gente feliz y tranquila, discuten poco y no aparentan sufrir los problemas del mundo "civilizado". La riqueza económica es insuficiente, a pesar de las islas gozan de importantes entradas de divisas gracias al abundante turismo. La renta per cápita es comparable a la de algunos países latinoamericanos poco desarrollados. Pero los detalles sobre historia, sociedad y economía fiyiana los dejo para más adelante.

Déjame contar la aventura de las últimas cinco semanas

Hace más de un mes llegué a este espectacular archipiélago en pleno Pacífico Sur con la intención de repetir la experiencia de Australia, navegando gratis a cambio de trabajo-ayuda en algún velero europeo con planes de atravesar el Océano Pacífico. Puse una nota en el tablón de anuncios del Suva Yatch Club, el club de yates más importante de la isla, ofreciendo fregar, cocinar, armar aparejos, etc. Durante una semana esperé sin éxito a que me llamase algún patrón.

Cansado de esperar, me desplazé una tarde al puerto de carga de Suva y hablé con un par de estibadores que haraganeaban alrededor de vetustos buques de carga. Les pregunté con insistencia sobre barcos que zarpasen hacia el Sur, hacia el Archipiélago Lau. Alguien me había contado que allí no llegaban los turistas y me garantizó que disfrutaría de islas paradisíacas, playas espectaculares y la sola compañía de los nativos. Un marinero harapiento y afable me informó -a cambio de una propina- que una vez cada dos o tres semanas zarpaba un barco del Gobierno cuya función era descargar provisiones básicas y alimentos en algunas de las más de cien islas del archipiélago Lau. Según decía, el barco fondea en varias islas y descarga pasajeros, sal, arroz, cemento y otras provisiones. Retorna a Viti Levu tras un periplo de más de un mes cargado de "copra" o carne de coco, pasajeros, tabloncillos de madera y artesanía tallada en madera. Los habitantes de las islas Lau Sur sobreviven gracias a las subvenciones del Gobierno y contribuciones de los isleños "expatriados" en Suva. Sin embargo otras islas son casi

autosuficientes. Viven de la pesca, frutas, agua de coco, algo de carne de cabra y cerdo y las verduras y tubérculos que obtienen de pequeñas plantaciones y huertos.

FULAGA, UN PEQUEÑO PARAISO

Hablando con los empleados del puerto también me enteré que la mejor manera de acceder al archipiélago Lau Sur, de acceso prohibido al turismo, es a través de un permiso especial que concede el Gobierno de Fiyi. Las islas Lau estuvieron abiertas al turismo hasta 1989. Pero fueron cerradas al descubrirse en un islote una enorme plantación de marihuana valorada en más de 10 millones de dólares. Sospechosos: los “corruptos hippies occidentales”.

Tras dar la tabarra durante un par de días en los pasillos del Fijian Affairs Department (algo así como Nuevos Ministerios) y pasar varias entrevistas, obtuve una carta de recomendación que me permitía viajar gratis en el carguero Golea hasta Fulaga, y otra carta para alojarme en la casa del "rico de la isla". La razón que di en mis entrevistas era mi intención de escribir una historia sobre la vida y costumbres de los nativos en Fiyi. Este libro lo escribo, entre otras razones, para hacer honor a la promesa. ¿Por qué Fulaga y no otra isla? Porque allí se mantienen intactas las tradiciones y modo de vida de la Melanesia; porque el último turista occidental estuvo allí hace siete años, porque Fulaga aparece en los mapas con forma de 3 acostado abrazando dos lagunas llenas de islotes, y porque prometía ser un lugar atractivo por su pequeñez y aislamiento.

La semana de espera en Suva la pasé de “cachondeo” con un grupo de jóvenes camarógrafos chilenos que surcaban el Pacífico a bordo del Húsar, un precioso “Schooner” de dos mástiles. Iban a la caza y captura de imágenes para la serie televisiva "Operacion Bora Bora". También conocí a una familia española que lleva 14 años circumnavegando el mundo. Se trata de un matrimonio y con dos hijos de veinte años que han navegado miles de millas náuticas, vagando por casi todos los mares de este planeta. Santiago González, su esposa y sus dos hijos, Urko y Zigor, son originarios de Hondarribia, muy cerca de la frontera con Francia, han dejado de lado sus obligaciones mundanales, han construido en el jardín de su casa un catamarán de cincuenta pies de eslora y se han lanzado a surcar los océanos. No piensan detenerse hasta bien entrada la primera década del próximo milenio. Hablando con ellos aprendí mucho del significado de la palabra libertad. Además, la mamá hace la mejor tortilla de patatas de esta zona del globo.

(Nota: años después, en dos mil algo, y tras su llegada a España con gran estruendo mediático, han escrito un libro Navegando a Toda Vela. Recomendado)

Llevaba esperando casi diez días y estaba ansioso por ponerme en movimiento. Llegó el momento de zarpar en el Golea. Pero cuando estábamos a punto de soltar amarras, el mecánico descubrió un problema: la compuerta frontal no se cerraba. La partida se retrasó otras 24 horas. Esa noche me quedé a dormir en el Húsar. Al día siguiente a las doce y media de la mañana zarpamos con mucha ceremonia. Pronto dejamos atrás el sucio y feo puerto comercial de Suva. Desde que puse mis pies sobre el casco de este carguero de construcción danesa con más de 25 años de antigüedad, mi nombre pasó a ser Manu. Cuando irregular y oscuro horizonte de Viti Levu desapareció detrás del Golea, me di cuenta que la mayoría de los 65 pasajeros eran mujeres que habían viajado a Suva para dar a luz en el único hospital, y retornaban a casa con sus minúsculos y arrugados vástagos recién nacidos enrollados en mantas. Yo era el único caucásico en el barco. Los próximos días tendríamos que dormir en cubierta, echados en el suelo compartiendo muy poco espacio. El aire estaba impregnado por un fuerte olor a vómito. Conseguí dormir en un lugar más cómodo a través de la amistad que trabé con el segundo de abordaje, que me prestó su litera. El buque, con la cubierta de carga llena hasta los topes, rompía las olas a la exasperante velocidad de crucero de 3 nudos por

hora. El viaje de 3 días lo pasé leyendo en cubierta o durmiendo. Ninguna tormenta y sólo algún mareo. Durante el trayecto fondeamos cerca de la costa de algunas preciosas islas para embarcar y desembarcar nativos locales de cada isla y descargar mercancías.

Pero mi destino final se aproximaba. Cada momento estaba más cerca de desembarcar en una playa de Fulaga. Me comía la ansiedad en la madrugada de aquél sábado. Durante el viaje había temido llegar en domingo: la religión cristiano metodista que impera entre los nativos fijianos desaconseja TODO tipo de actividad no religiosa en domingos, incluso recibir invitados. El Golea entró con dificultad, a través de un pasillo abierto en la barrera de corales, en una de las dos bahías de Fulaga y ancló a algunos cientos de metros de la playa. Desde la costa zarparon inmediatamente a nuestro encuentro canoas y viejos botes de madera con motor. Llevaban esperándonos más de 24 horas. En esta isla no hay teléfono; la llegada del Golea es incierta y siempre un acontecimiento. Sólo ocurre una vez al mes. El resto del tiempo Fulaga está desconectada del mundo.

Como otras islas de Melanesia, Fulaga es lo que queda de un poderoso volcán que hace millones de años emergió violentamente del océano para escupir las entrañas de la tierra. Hoy se hunde lentamente. Hace milenios el agua osó penetrar en el cráter, dando lugar a maravillosas entradas de agua y formaciones rocosas. Como único testigo de la magnificencia de lo que antes fue una gran isla hoy sólo queda una estrecha franja de rocas y coral que abraza la isla y permite a lo restos del volcán sumergirse lenta y pacíficamente en las profundidades del océano.

Grandes noticias: un hombre blanco se dirige en un bote hacia la playa. Lleva un extraño artilugio en la espalda llamado mochila. Cuando pongo por primera vez mis pies descalzos sobre la arena de la playa noto decenas de miradas clavadas en mí. Los nativos se acercan con un gesto entre curiosidad y bienvenida, ¿adónde vas? ¿de donde eres? ¿que te trae a Fulaga?. Los más pequeños se agolpan alrededor. Nunca han visto a un blanco. ¡¡Bula, Bula !! (hola, hola). Inquisitivos, me tiran del vello. A mi espalda, el "Golea" levanta anclas y gira lentamente hacia alta mar retirándose por donde vino. En ese momento lo único que pasó por mi cabeza eran las semanas que me quedaban en una isla en medio del Pacífico donde no conocía a nadie. Había leído algunas historias escritas por exploradores europeos que visitaron las islas Fiyi a principios de 1800. Las descripciones de los hábitos caníbales de sus habitantes volvieron a mi mente en varios flashes.

Una troupe de enanos saltarines y gritones peleaba por agarrarme de la mano y tomar mi brazo. Me guiaron hasta Muanaicake, la aldea más importante. Buscaba la casa de mi anfitrión Lagi Lagi (pron. Langui Langui). En 20 escasos minutos atravesé el ancho de la isla, caminando entre palmeras y una exuberante vegetación tropical. No hay carreteras porque en Fulaga no hay vehículos sobre ruedas, ni siquiera bicicletas. No son necesarios. La mayoría de los nativos no calzan zapatos. La mejor suela es la planta de los pies en esta isla originada por lava volcánica (limestone) cortante y peligrosa rodeada por playas de arena blanca y corales.

Con la mochila a la espalda, el brazo extendido con una carta en la mano y una sonrisa de oreja a oreja me presenté a mi anfitrión, que ya había sido avisado sobre la llegada de un hombre de extraño color de piel por una avanzadilla de enanos exaltados. Lagi, de 68 años, fuerte y corpulento como un toro, quedó sorprendido pero reaccionó con cordialidad. Inmediatamente me presentó a su esposa Joana (65 años) que estaba cocinando unos panecillos para el desayuno. Vivían en la única casa con habitaciones que hay en la isla. Después del apetitoso desayuno a base de panecillos fritos con té sentados en el suelo de la choza que servía de cocina, Lagi y Joana se pusieron en faena y habilitaron con celeridad una habitación vacía como mi dormitorio. La casa estaba aún a medio construir y los escasos muebles estaban desperdigados. Pero no importa porque los fijianos se sientan en el suelo para charlar, comer, beber y rezar. Regalé a Lagi una botella de Jack Daniels cuya compra había supuesto un enorme esfuerzo para mi maltrecha economía. En Suva me

aconsejaron que sería el mejor regalo que podría hacerle. Lagi me dice delante de su esposa que ya no bebe. Sin embargo, con una mirada pícaro y durante un descuido toma la botella y esboza una sonrisa cómplice. Esa misma tarde me construyó una cama usando unos tablones, una sierra y la habilidad de sus manos.

Lagi y Joana llegaron a Fulaga hace sólo 6 meses. Durante los últimos 30 años habían vivido en Tahití sirviendo en casa de un millonario local. Este, al morir el año pasado, les legó en herencia casi 100 millones de pesetas. El matrimonio es el único en la isla que no vive en una choza sino una casa de madera. También son dueños de la única televisión y vídeo de la isla. La tele en sí sirve para poco porque las ondas no llegan a Fulaga, pero compensan viendo una y otra vez las mismas películas y partidos. Hace poco Lagi trajo de Suva una lanchita con un motor de 40 caballos. Sin embargo, Lagi y Joana tienen la virtud de manejar el dinero con tal discreción que nada diría que atesoran semejante fortuna.

Además del whisky, traía en la mochila un kilo y medio de Kava como "sevu sevu" o regalo al jefe de la isla (Chief). El Kava son raíces que se ofrecen a través de una formal ceremonia de bienvenida en la choza para eventos notables, donde el visitante o invitado es presentado por el anfitrión al jefe. El jefe se sentó ceremoniosamente enfrente de mí, situando a su portavoz a la derecha y a su responsable de asuntos diarios a la izquierda. El rito de mi presentación fue un monólogo de casi diez minutos de Lagi al "chief", con palabras que sonaban algo así como "nasumanu mataka ono vui fotalevu manutagui kandokai" etc etc. Mientras Lagi hablaba, la máxima autoridad de la isla, rechoncho y con un poblado bigote, repetía mirando a sus pies descalzos "vinaka, vinaka" (gracias). Yo mantuve en todo momento una sonrisa estúpida, sentado a la derecha de Lagi con los pies cruzados sobre la alfombra de hojas de palmera. En tal situación me preguntaba quién demonios me había mandado a un lugar como éste. Terminado el discursillo de Lagi y la entrega de las raíces, comenzó el monólogo-respuesta del jefe, que me miraba a mí y a las raíces. Yo asentía con una sonrisilla y sin enterarme de nada pensaba "si alguien filma mi cara en este momento, no me miro más al espejo". Rostros de niños se asomaban al interior de la choza. La voz de mi llegada ya se había corrido por toda la aldea.

Una vez finalizada la presentación y tras explicar a los que hablaban inglés las razones por las que había llegado a Fulaga, llegó la noche y comenzó la siguiente fase de la ceremonia de bienvenida. ¡Grog Time! (¡a beber Grog!). Beber Grog es la base de las relaciones sociales en Fiyi. Las raíces de Kava que había entregado al jefe como presente fueron machacadas en un cuenco de hierro con los rítmicos movimientos de un largo y pesado bastón metálico. El polvo resultante se introdujo en una bolsita de tela en dosis de aprox 100 gramos. La bolsita se sumergió en agua en una gran tanoa o ensaladera de madera. De las raíces machacadas se produce un "té" en el que el agua adquiere un sabor y color parecido al fango o barro. El Grog se bebe en una corteza de coco vacía que se pasa con las dos manos. Nunca hay más de un tazón en movimiento. El orden de bebida está determinado por la posición jerárquica, con prioridad para los invitados. Adiviné los niveles de autoridad de los presentes por su ubicación alrededor de la Tanoa rebosante de Grog. Sentados en el suelo enfrente de la ensaladera se sientan los más viejos o la familia del jefe. Mientras más cerca del recipiente, mayor status. El tazón pasa primero por las manos y bocas de los más importantes. La persona que mezcla el agua con el polvo de las raíces y distribuye el cuenco también goza de un status privilegiado. Los jóvenes se sientan detrás del recipiente y en las esquinas de la habitación. Las mujeres quedan excluidas. Los propios fiyianos reconocen que el Grog tiene un sabor terrible. Pero pronto sentí como se sube a la cabeza y una sensación de mareo, flojera y risa fácil, propia de algunas drogas blandas. El alcohol está prohibido en Fulaga según las muy respetadas reglas del jefe local. En las islas del Pacífico Sur cualquier ocasión es una buena excusa para reunirse en grupos de 5 a 50 personas y beber esta sustancia desde las siete de la tarde hasta altas horas de la madrugada, sentados en la semioscuridad y a la luz de tenues lámparas. La resaca producida por el

Grog puede ser peor que la que ocasiona la ingestión de tres litros de ginebra "Red Star" de Bollullos del Condado.

Para celebrar mi llegada fui castigado con "disfrutar" de una sesión de vídeo de más de 30 partidos de Rugby Seven (siete). La selección de Fiyi es la actual campeona del mundo de esta modalidad de mini rugby. Me tragué 30 partidos de 15 minutos. Todos los que me acompañaban habían visto todos los partidos al menos una docena de veces, pero no importaba.

El día siguiente era Domingo, una jornada sagrada para estos devotos fieles metodistas. El metodismo es la religión más importante del país. Derivada del cristianismo, estas creencias hacen hincapié en los formalismos para comunicarse con Dios. Misa a las 5:50 am, a las 10 am, a las 3 pm y a las 4:30 pm. Duran mucho más de 30 minutos, y es de buen ver asistir a todas las liturgias. Aparte del corto paseíto hasta la sencilla parroquia de cemento, está mal visto mover un dedo durante este día sagrado. Pero Joana hizo una excepción y me homenajeó con un almuerzo de lujo en el que todos los miembros del clan nos sentamos en mesa y sillas, con cubiertos y sin moscas. ¿Comiendo que?: PESCADO. No puedo imaginar cuanto pescado pasó por mi aparato digestivo durante las tres semanas en Fulaga. Pescado para desayunar, para almorzar, para cenar. En mis sueños mi hermano Miguelo se transformaba en un pescado que me perseguía. Menos mal que aquí no se merienda.

Durante mi tercer día (lunes) aproveché para explorar las escasas zonas de la isla a las que podía acceder a pie o a nado. Varios días después Lagi me llevó en la lancha a visitar varias playas alrededor de la isla. En una de estas excursiones conocí PICNIC BEACH.

Esta playa merece una mención especial. Tras visitar casi 50 países, Chile y Noruega siguen siendo mis países favoritos, y Tíbet la región mas impresionante. Sidney, París, San Francisco y Amsterdam mis ciudades. Pero Picnic Beach es el lugar que recuerdo más cercano a un paraíso. Picnic es una remota playa que pertenece al "mataqali" (pron. matangali) o clan familiar de Lagi. Sólo el clan Lagi tiene acceso a ese lugar y a otras zonas de la isla. En Fulaga los territorios se transmiten por herencia.

Déjame recordar y disfrutar narrando lo de Picnic Beach:

Nada más bajarme de la lancha y pisar esta fabulosa playa me arrodillo para besar la arena blanca y desparramarla por encima de mi cabeza. Me maravillo observando un mar con cinco o seis tonalidades que delante de mis narices cambia de color, desde blanco/transparente/verdoso pasa por diferentes verdes/celeste hasta llegar en las zonas más profundas a un azul marino intenso y limpio. Contengo mis gritos de alegría. En Picnic Beach no hay nadie. No hay hoteles ni tumbonas, ni tampoco chiringuitos o vendedores de helados. Cuando sube la marea, la finísima arena blanca y toda la playa desaparece y las aguas cristalinas acarician la base de las palmeras que se agachan para beber en las pequeñas olas. Afortunadamente, horas después la marea baja y la arena vuelve a emerger para saludar un cielo limpio y azul. Frente a mí a la derecha e izquierda se abren hacia el horizonte filas de palmeras de troncos finos y curvados, con sus largas palmas mecidas por los vientos alisios que atraviesan el Pacífico en dirección Este. El azul del cielo es tan intenso que el fotómetro de mi cámara no me permite eternizar la imagen. No hay nadie alrededor, excepto Lagi, que atareado en sus quehaceres no para de introducir en la lancha enormes peces enganchados en el anzuelo de un voluminoso aparejo. Lo único que deseo en este momento es la compañía de alguien querido para compartir este privilegio que dudo merecer.

Los alrededores de Picnic Beach están salpicados por docenas de pequeñas "mushroom islands" o rocas con forma de hongo, coronadas por una vegetación exuberante que crece no se cómo sobre la cúpula de lava seca. Estas rocas que emergen desordenadamente por encima de las aguas

turquesas han sufrido durante miles de años en su parte inferior los desgastantes efectos de la erosión y golpes de agua, adquiriendo una peculiar forma de champiñón. Los viejos de la isla cuentan que hace muchos años un dios con forma de gallo fue a esconderse a Fulaga. Antes de ser descubierto por las invencibles fuerzas del mal y quedar petrificado, barrió hacia atrás rocas de lava con sus poderosas patas, que tras atravesar el cielo de Fulaga quedaron desperdigadas por la bahía. Cuando la marea está baja, a unos 200 metros de la costa sobresale una larga barrera de coral que rodea toda la isla como un anillo, protegiendo este paraíso contra la violencia del Pacífico Sur.

En varias ocasiones Lagi me llevó a otras playas impresionantes. Pero ya nada era comparable a Picnic Beach. Una mañana fuimos de excursión de pesca durante tres días con todo el “mataqali” de Lagi, incluyendo tías, primos y sobrinos. Acampamos en la playa debajo de una gran lona apoyada en las rocas y sobre alfombras de palma trenzadas a mano por Joana y su hermana. Estábamos rodeados por playas desiertas de arena blanca y palmeras. Por la noche, bajo una luna llena, comíamos pescado recién sacado del mar y tostado a fuego lento en una hogera. Durante el día, Lagi colocaba la red de pesca durante un ratito. Poco después se necesitaban muchas manos para sacarla por el peso de la captura. Mientras tanto, Lubu trepaba como un mono a las mejores palmeras con el machete en la boca. Desde arriba producía una lluvia de cocos que si te descuidas te rompe el cráneo. Todas las tardes a la misma hora caía una tormentita que aprovechábamos para llenar los cuencos con agua potable. En un lugar como este, ¿quién necesita restaurantes? ¿o duchas? ¿o cocinas? ¿o cubiertos? ¿o incluso trabajar?

El modo de vida en Fulaga es casi autosuficiente. Las tres aldeas de la isla, Muanaicake, Muanaírrá y Neimandamu, aprovechan las visitas del barco enviado por el gobierno de Fiyi para aprovisionarse de sal, té, raíces de Kava, medicinas, chapa corrugada, gas oil etc. Aún hoy, los nativos utilizan para pescar largas canoas talladas de un tronco, con un brazo lateral para asegurar la estabilidad. Están propulsadas a través de una larga pértiga que maneja una persona que viaja de pie en la popa, como en Venecia. Una ojeada al sencillísimo almacén de Muanaicake deprime el ánimo. El dinero casi no se utiliza. Los artículos importados se pagan con “tanoas” de madera (recipientes para el Grog). Trabajar la madera es la única actividad que mantiene a la débil economía de Fulaga frente al mundo exterior. Los nativos tallan las tanoas y las entregan al almacén local a cambio de una anotación en cuenta por valor de 150 pesetas. Las piezas talladas se venden en la capital Suva a ¡¡3.000 o 4.000 pts por pieza!! Algún intermediario sin escrúpulos se está haciendo de oro. He intentado transmitirles esta evidencia. Les duele. No saben que hacer y no entienden que alguien pueda aprovecharse de ellos. Están acostumbrados a que les cuiden desde fuera. Creo que quedarían desilusionados si comprobaran que están manipulando sus esfuerzos. Sólo sospechan. Pero el jefe de la isla no parece querer que las cosas cambien. Cuando regresé a Suva le manifesté esta situación al gobernador que representa a Fulaga y el archipiélago Lau Sur. Me escuchó muy interesado y espero que tome alguna medida.

A lo peor, estoy interfiriendo con el modo de vida de los isleños. En Fulaga el dinero no significa casi nada. Solo en Tíbet, Mongolia y partes de la India he visto grupos humanos tan desinteresados y alejados de la sociedad capitalista. En mi viaje a Fulaga gasté sólo 10,000 pesetas, casi todas en Suva antes de la partida y dedicadas a regalos como raíces de Grog (2,500 pts el kilo) y la botella de whisky (6,000 pts).

Lagi y su “mataqali” son un grupo muy supersticioso. Joana me comentó que había un cementerio en algún lugar semi oculto entre las rocas y la maleza al que se accedía escalando una colina de rocas. La particularidad es que allí yacían esparcidos y sin enterrar los huesos de antiguos enemigos de la tribu. Hasta principios de 1900, los enemigos muertos en batalla no merecían ser enterrados. Los vencedores preferían aprovechar su carne y comerla en el festín para celebrar la victoria. El cementerio era un lugar tabú y ni mis súplicas bastaron para que alguien se atreviera a mostrármelo.

Los antecedentes caníbales es un tema tabú entre los fiyianos de hoy. Me resulto difícil extraerles información y no volví a sacar el tema al ver que no se sentían cómodos con él.

A pesar de estas tres escalofrantes historias de canibalismo (que cuento en la versión larga en PDF), hoy los habitantes de Fulaga viven y trabajan pacíficamente y en armonía. Quedan pocos conflictos, peleas o presiones. Saben cual será su tarea mañana porque la noche anterior el portavoz y asistente del jefe se pasea entre las chozas gritando a los hombres, que suelen estar reunidos alrededor de una tanoa llena de grog, cuáles son las tareas para el día siguiente. Te enumero algunas actividades en las que me permitieron participar: ir en barca a alguna playa desierta e internarnos en la jungla para cortar madera, construir casetas de chapa corrugada para darle la intimidad debida a los escasos y precarios inodoros comunitarios, tallar Tanoas, etc. Son tareas que sólo realizan los hombres. No importa la edad, todos los trabajan desde que son adolescentes. No hay diferencias sociales, pero en los eventos sociales queda claro que los que mandan son el jefe de la isla y su familia, sus asistentes, el "post-man" o receptor de correo, y el ministro o guía espiritual, normalmente un sacerdote metodista. El jefe transmite su cargo por herencia a su primogénito. Los jóvenes respetan a los mayores. No hay ambiciones. Pero muchos jóvenes se estan yendo a Viti Levu y Vanua Levu, las islas más grandes. Hace una década Fulaga tenía 500 habitantes, hoy sólo quedan algo más de 300. Todos trabajan. Seula, tío político de Lagi, tiene 80 años y pasa parte de la jornada abriendo surcos en la tierra poco fértil de su plantación de tapioca. El jefe local también cultiva su huerto. La cosecha es muy limitada por la escasa fertilidad de la tierra.

Una vez al mes hay colecta dominical en la parroquia para soportar los gastos comunitarios. La cantidad de dinero que se maneja es irrisoria. Por encima de las obligaciones comunitarias existe una obligación mayor: procurar el bienestar al "mataqali" o clan familiar. Nunca vi tanta solidaridad. Si un miembro de uno de los cinco "mataqalis" que forman Muanaicake sufre alguna necesidad, los demás miembros se lanzan al unísono para tajarla. Yo era un invitado "vago" en el mataqali de Lagi.

El tiempo no es importante. Por primera vez en muchos años, mi reloj se quedó guardado en la mochila. Una de las funciones asignadas a Lubu, sobrino de Lagi, era golpear con palos dos troncos huecos para anunciar el mediodía y las seis de la tarde.

Fulaga pertenece a sus 319 habitantes, y para acceder a partes de ella, por remota que sea, es necesario pedir permiso al "mataqali" dueño de esa zona o jefe del poblado mas cercano. Por ejemplo, para visitar la mitológica cueva donde el dios-gallo se escondió antes de quedar petrificado, tuve que ofrecer un kilo de Grog al jefe de Neimandamu, al que interrumpí mientras cultivaba "kassavas" en su huerto. Nunca un "No", siempre sonrisas, armonía casi absoluta, tranquilidad, generosidad, conciliación con la naturaleza: ella provee y nadie abusa.

Las mujeres de Fulaga salen muy temprano en barcazas o canoas para pescar con redes. Tras jornadas de varios días vuelven con enormes capturas de mariscos y peces multicolores. Las demás tejen pacientemente enormes alfombras con hojas secas de palmera y cocinan para los miembros del mataqali. Los nativos son sexistas. Ellas no deben beber Grog y casi siempre esperan para empezar a comer a que los hombres hayan terminado el postre. Joana dormía en el suelo al lado de la ancha cama de matrimonio de Lagi.

Las mujeres fiyianas no me resultaron muy atractivas. A pesar de su llamativa piel tostada, sus cuerpos son demasiado rechonchos. La obesidad femenina está socialmente aceptada y muy bien vista. Las nariz es chata, la cara redonda y el pelo fregona tipo afro. Se cuidan muy poco y eructar es costumbre. A pesar de la novedad de un piel blanca en un lugar tan aislado. A pesar de las

madres que en ocasiones venían a casa a presentarme a sus hijas. A pesar de que me pidieron llevar algo por la noche a lugares apartados y donde me esperaban en la oscuridad. No me llegué a acercar físicamente a ellas. Además, la aldea es pequeña y los rumores son como la pólvora. Una triste anécdota: el predicador local tuvo que retornar a Suva con su esposa e hijos en el mismo barco que yo. Había sido acusado de violar a una nativa casada. Fallar en un lugar tan pequeño es declarar tu muerte social. Los dos sacerdotes metodistas previos a éste también fueron expulsados de la isla por abusos sexuales a menores o mujeres casadas con otros. Tal vez hace algunas décadas el castigo hubiera sido más duro.

Además de la generosa naturaleza y el saber vivir de su gente, Fulaga goza de un tercer regalo divino, la música. No hay radio ni radiocassettes. Existe una pasión especial por la música coral metodista o “choir songs”. Sin instrumentos, sólo voces. Los jóvenes practican nuevas canciones en las largas noches alrededor de una Tanoa rebosante de Grog. Estos ensayos son la única vez que las mujeres pueden beber Grog. Las voces están lideradas por el privilegiado oído y ritmo de Netani, otro sobrino de Lagi. Delante de una vieja pizarra garabateada con notas musicales, Netani, sentado en la estera, cierra los ojos y anuncia con un murmullo el comienzo de una nueva canción: "dua, rua, tolu" (uno dos tres) y en sincronía las voces de 20, 30 o 40 muchachos y muchachas se elevan agrupadas en cuatro o cinco tonalidades y escalas. En medio de una sincronía perfecta de voces y ritmos, cada grupo entra y sale en absoluta armonía, ellas con notas altas y ellos con tonos graves. No hay lugar para las individualidades. En ocasiones yo cerraba los ojos para dejar que estos preciosos himnos se colaran a través de mi piel, y con el vello erizado sentía que volaba con ellos. Daba gracias a Dios por tanta fortuna. Los domingos iba tres veces a misa solo para escucharlos. Asistíamos a la liturgia con una camisa de botones y manga larga, corbata, descalzos y un pareo en vez de pantalones.

La intimidad es un concepto desconocido. Las puertas y ventanas de las chozas y casitas de chapa corrugada siempre están abiertas. No hay cristales ni persianas. ¿Por que cerrar si la temperatura no baja de los veintitantos? ¿Porqué ocultarte algo si todos los días de tu vida estas viendo a las mismas cien personas? Cuando practicaba algo de gimnasia para mantenerme en forma, me daba la vuelta y tenía a la espalda a diez niños que se contorsionaba, imitando cómicamente mis movimientos. Vaya, vaya con el cachondeo que se traen estos... Momentos después me duchaba en un camino al lado del pozo, echándome el agua de un cubo por encima de la cabeza, y los niños se sentaban alrededor para observarme entre risas. Algunas veces se acercaban a tocar el vello de mis brazos y piernas o me miraban con cara de asombro o curiosidad.

Robo...Violencia... ¿Que es eso?. La mayoría solo conocen estos comportamientos por la película Demolition Man -con Sylvester Stallone- que Lagi pasa en su video por decimoquinta vez delante de una audiencia sin edades. Todos han visto la película muchas veces y casi ninguno la entiende. No importa. Les gusta ver rubias, coches, rascacielos y tiros.

La vuelta a Suva/Viti Levu fue una odisea. Nunca manejé tanta desinformación e incertidumbre. Allí no conocían el significado de la palabra ansiedad.

El barco del Gobierno tenia que llegar, ¿cuando? Había diferentes versiones:

“Tal vez esta semana, tal vez la semana que viene”.

“Llegará pronto”.

“No, no llegará porque se ha roto el motor”.

“No, el motor esta bien, pero primero va a Lakeba para cargar y después fondea en Namuca y Ogea”.

Todos saben que el barco llegará, pero nadie coincide en la fecha.

Finalmente, una tarde me gritan: ¡¡Manu, llega mañana, llega mañana!!

Esa noche me organizaron una fiesta de despedida. Compré en el almacén 1½ kilo de Grog y hasta las 3 de la mañana tuvimos en casa de Lagi a más de cincuenta personas cantando sin parar docenas de himnos, todos sentados en el suelo alrededor de una Tanoa siempre llena. Les aburrí con un discurso de despedida y agradecimiento. Me hicieron regalos y estuve a punto de echarme a llorar. Temprano por la mañana alguien me despertó con un par de gritos:

¡¡Manu Manu!! el barco esta llegando, ¡¡rápido, date prisa!! ¡¡Se marcha en menos de una hora!!
Al bajar de la cama las piernas casi no me respondían. Los 25 tazones de Grog de la noche anterior pesaban mucho en mi cabeza.

Corrí con mis bártulos hacia la playa. Allí me esperaba una barcaza con motor y un marinero fiyiano de origen indio vestido con un raído mono azul. De pie en la popa del bote me despedí con tristeza de mi gente, que saludaban desde la playa.

Con pena subí a este buque llamado Tabuisoro. Era otro cargero fletado por el Gobierno Fiyiano. Después de tantas emociones en Fulaga, este barco me pareció tan frío como un bloque de hielo.

Nada mas ver al inusual nuevo pasajero, el capitán del Tabuisoro me interrogó:

“¿Que haces en Fulaga?” “¿Como llegaste hasta aquí?” “Siento decirte que no tenemos lugar para pasajeros.” “Tienes que dormir en cubierta.” “Viajamos 45 pasajeros mas la tripulación”. “El espacio escasea”. “Te aconsejo que intentes abrir un espacio entre la gente”. “Suerte y disculpa por la condiciones en la que vas a viajar”. “Esta será la última vez que mi barco lleva pasajeros”. “El Tabuisoro tiene mas de 30 años y es demasiado pequeño.” “No, no tarda 3 días en llegar a Suva ¿quien te dijo eso?” “Llegaremos a Suva en algún momento antes de final de mes.” “Ya veremos. Depende de la carga.” “Ahora navegamos hacia Ono I Lau, muy cerca de el Archipiélago de Tonga y la más remota de las islas de Fiji”.

El corazón se me achicó del susto y me hice una película de la pesadilla que me esperaba a bordo del carguero. Todos me miraban con curiosidad. ¿Que hace aquí este blanco?

“Manu, no te preocupes, si te haces amigo del cocinero te dará de comer”.

Cuando seis días más tarde el barco amarró en el puerto de Suva, en Viti Levu, casi me tiré a besar el suelo. Fui a toda prisa a mi antiguo dormitorio de doce camas en el Sunset Motel. Pasé más de media hora debajo de una ducha de agua caliente, tiré a la basura la mitad de la ropa, me puse ropa limpia, entré como un torbellino en un McDonald's a zamparme carne de no se qué, devoré tres helados y bebí dos batidos gigantes, telefoneé a casa, jugué como un endemoniado a las videojuegos y me pasé varias horas navegando por Internet para actualizarme con las noticias y leer mi buzón de correo electrónico. Por la noche disfruté como un enano viendo dos películas en el cine: Siete años en el Tíbet y Full Monty.

Pfiiuu, que placer...

Casi un mes después, con 5 kilos menos, el pelo rubio, la piel color chocolate y las plantas de los pies tan duras como suelas de zapatos, había retornado al mundo "civilizado".

Para completar la información y experiencias de esta maravillosa parte del mundo, me encantaría compartir contigo algunos datos sobre la interesantísima y peculiar historia y costumbres de esta parte del mundo. También te paso información sobre la economía y estructura social del archipiélago Fiyiano: [VER VERSION PDF](#)

Pronto tomaré un avión que me llevará a Los Angeles via Hawai. Desde Los Angeles a Miami, y desde allí a Madrid. Antes de continuar el viaje por doce países de Africa, descansaré en casa durante una semanita.

Nota: en la versión PDF (extendida) podrás leer algunas alucinantes historias reales de expediciones occidentales que se aventuraron al interior de las islas en los siglos XVIII a XX. Muchos de estos locos aventureros terminaron devorados por los caníbales que poblaban los archipiélagos melanesios.

También encontrarás en la versión PDF interesante información sobre el pasado de estas maravillosas islas, así como su forma de vivir, política y economía.